



Godofredo Daireaux

Ha sido indio...

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Godofredo Daireaux

Ha sido indio...

Un magnífico sargento de artillería venía en el tren: alto, fornido, fuerte, corpulento.

Las botas lustrosas, el sable brillante, la cartuchera y sus correas limpias, el uniforme bien cepillado, el kepi, con su galón de oro, elegantemente colocado en la cabeza, todo hacia de él un modelo de aseo y de corrección militar.

Llamaba la atención, no sólo su porte marcial, sino también el aspecto serio de sus facciones, algo morenas, pero bastante finas, a pesar de los pómulos un poco salientes, y en las cuales se podía leer el orgullo de ser lo que era.

-«¡Lindo hombre!, dije a mi compañero; ¡hermoso soldado!

-Ha sido indio...», me contestó.

Esta simple palabra, evocadora de toda una era pasada y casi olvidada, de malones, de alaridos, de lanzazos, de peleas, de matanzas, de glorias y de miserias, me hizo acordar que a muchos otros había conocido yo, que también *habían sido* indios, y durante un rato, repasé en mi memoria a todos ellos.

Después de la gran ráfaga que de 1875 a 1877, con Alsina primero y Roca después, acabó de barrer al salvaje de la Pampa, millares de indios, de toda edad y de todo sexo, quedaron dispersos.

Unos, en tribus enteras, se sometieron, siendo pasados por el hisopo y bautizados al por mayor; otros se resistieron, bravos hasta la muerte y fueron pasados por las armas, peleando, quedando la chusma en poder del vencedor.

A ciertas tribus, el gobierno regaló tierras en propiedad, para que dejaran de ser los nómades de antes y empezaran a civilizarse por el trabajo. Muchos indios adultos fueron incorporados al ejército, a la escuadra, cambiando la lanza por el remington, el caballo por las vergas del palo mayor.

Muchísimos niños indios, en fin, fueron entregados a las familias que los pidieron, quedando en ellas como sirvientes. Suertes diferentes han sacado estos, en la lotería del destino.

Una hija de cacique, adoptada por sus amos, educada y dotada por ellos, admirablemente instruida, sedujo por su gracia exótica a un gentil hombre de la alta sociedad europea, que la hizo condesa; y algunos, allá, seguramente, en los salones aristocráticos, no dejarán de cuchichear: «Ha sido india.»

Otro conocí a quien nunca le pudieron quitar la mala costumbre de robar a su amo, toda la plata que podía encontrar en la casa. Tuvieron que renunciar a educarlo y lo devolvieron al ejército. Indio había sido; indio había quedado.

Cierta tribu, colocada en tierras que le ha dado el gobierno, cerca de un pueblo bastante adelantado de la provincia de Buenos Aires, ha conservado muchas de sus antiguas costumbres: la carne de yegua, por ejemplo, y particularmente de yegua ajena, es todavía, para muchos de ellos, la comida de su predilección.

Poco les gusta el trabajo, y, bajo este concepto, pocos progresos puede la agricultura esperar de ellos. Hay, asimismo, unas pocas excepciones que prueban la facultad de asimilación que posee esa gente, cuando está bien dirigida, y existen allí familias seguramente tan civilizadas como muchas de las que nos llegan de ciertas partes de Europa.

De éstas salen una cantidad de jóvenes colocados como empleados en las diversas reparticiones administrativas locales, donde llenan sus puestos con la misma competencia y la misma honradez, matizada de lucrativa viveza, que cualquier cristiano de origen. Y también se ocupan de política, enrolados todos en un mismo partido, al éxito del cual contribuirán irresistiblemente, peleadores como son, por atavismo, mientras las elecciones se hagan a tiros y tajos.

También entre ellos, hay algunos que han nacido, viven y vivirán indios, sin compostura: sanguinarios, traidores, ladrones, viciosos, incapaces de cualquier trabajo y que sólo respetan la fuerza bruta. Estos, poco a poco, van desapareciendo, por la ley natural de la lucha por la vida; ebrios, se matan unos a otros con la mayor desenvoltura, y los reglamentos de la esgrima tienen poco valor para estos salvajes. He visto a uno degollar, sin la menor vacilación, a un pobre santiagueño que, peleando y reculando, había caído de repente en una barrica vacía enterrada a ras del suelo, detrás de él.

Otros hay que no conocen del idioma nacional más que una palabra: «¡Caña!»

Todos están, en terreno indiviso, con los mismos derechos, los que viven de robo, como los que se dedican a cultivar la tierra y a criar hacienda; para el progreso de las localidades donde se encuentran, sería mejor repartirles la tierra, dando a cada individuo o familia su título de propiedad, pues así pronto venderían su lote los haraganes a los que trabajan; yéndose del pago, a vagar a otra parte y a desaparecer, elemento indigno de ser otra cosa que indio.

También podrían algunos encontrar su colocación en la brillante escolta presidencial, de coraceros armados a lanza, elegidos entre puros indios, como una evocación de la conquista del desierto por él mismo que la hizo, espiritual fantasía cesariana, que vino, como en la

Roma imperial, a formar con los restos de las tribus sometidas, la guardia pretoriana de su mismo vencedor; consagración, a la vez, de la verdadera nacionalidad del indio argentino, llamado al honor de cuidar de la persona del primer magistrado de la República.

-«Patrón -me dijo una vez, en su media lengua, una pobre india vieja- leer carta.»

Leí la carta: estaba fechada en la cárcel provincial, escrita con muy linda letra, muy buen estilo, de ortografía correcta. Contaba el hijo a la madre, la desgracia que le había sucedido: encargado de una estancia, había muerto a un capataz; en legítima defensa, decía. Puede ser.

Al leer la carta, me parecía conocer la letra: al llegar a la firma, me acordé haber conocido al escritor de dependiente en una casa de negocio. Muchacho serio, instruido, había sido educado en una excelente familia, habiendo hecho con ella un viaje a Europa, donde había aprendido algo el francés.

Desde varios años, lo había perdido de vista; me lo volvía a encontrar; y miraba con cierta melancolía a esa pobre madre india, ansiosa de tener noticias del hijo, orgullo de su vida humilde, y a quien iba a tener que dar la noticia de que el pobre, en un momento de arrebató, se había acordado... de haber sido indio.

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

